

Reflexiones acerca de la identidad de los judíos

Por ENRIQUE GUARNER

La palabra judío se deriva del latín «*judaeus*» y significa descendiente del cuarto hijo de Jacobo de nombre Judas, cuya tribu junto con su medio hermano Benjamín dio nacimiento a todo un reino.

De acuerdo con la evidencia arqueológica y del progreso de los conocimientos científicos, la información que nos proporciona el Pentateuco del Antiguo Testamento conocido por los judíos como «*Torah*», no es del todo veraz. Implícitamente no puede aceptarse porque contiene una historia distorsionada con el objeto de que los hechos se transformen en lineamientos morales. Incluso la mayoría de las fechas han sido alteradas para que los acontecimientos puedan tener un significado religioso y se usen los sucesos como cánones o ejemplos éticos. De cualquier manera se debe coincidir con Sigmund Freud en el sentido de que Moisés, que viviera alrededor del siglo XII antes de J.C. descendía probablemente de Ramses II, o de algún personaje que pertenecía a la nobleza egipcia. Su misma idea de la introducción del monoteísmo se presta a lucubración, puesto que la mayoría de las naciones orientales poseían un Dios Supremo y otros que figuraban como subalternos. Los habitantes del Nilo reconocían como fundamental a «*Knef*» al cual subordinaban los demás. Los antiguos persas adoraban a «*Oromase*», quien constituía el principio del bien en oposición de «*Arimane*» al que consideraban el origen del mal. Los brahmanes conceptuaban un solo Ser Supremo y los chinos oraban a una sola Divinidad. Por lo tanto, la entrada del monoteísmo no puede contemplarse como una aportación novedosa que diera nacimiento a la religión cristiana o arábiga. Sin embargo, los diez mandamientos o reglas religiosas fundamentales inscritas en una piedra del Monte Sinaí tienen una implicación inimitable y son principios inapreciables para regular la conducta de los pueblos primitivos.

La llegada de las tribus a Canaan y sus luchas por establecerse en un terreno arenoso, erizado de montículos vieniendo a los madianitas resulta un intento natural por ganar lo que llamaban «*la tierra prometida*».

Las fechas en que vivieron Saúl y David, verdaderos fundadores de la monarquía judía, no han sido determinadas con precisión. Unos historiadores los colocan en el siglo XI antes de J.C., mientras otros lo hacen en el X. Sus leyendas se han transmitido por generaciones, pero las fuentes históricas en que se basan carecen de precisión, por lo que han quedado más que nada como anécdotas relatadas en el Antiguo Testamento. Lo mismo sucede con Salomón, hijo de David y Betsabé al que se le atribuye una riqueza que en aquella época no podía haber existido en el planeta.

Las guerras civiles entre las doce tribus, que según Howard Fast fueron catorce, así como los setenta años de cautividad en Babilonia dan lugar a dudas. Nabucodonosor nunca trató a los judíos como enemigos. Es más, cuando los persas les ofrecieron el retorno a Jerusalem, muchos se rehusaron a hacerlo, lo cual nos indica que parecían ser felices a orillas del Tigris y el Eufrates.

El paso del tiempo hizo que los hebreos fueran vasallos de Ciro, posteriormente aliados de Alejandro y finalmente el país constituyó una posesión romana. Marco Antonio otorgó a Herodes la corona de Judea y éste reedificó la fortaleza del templo atribuido a Salomón. En el año 70 de nuestra era, ante un alzamiento del pueblo, el emperador Tito mandó destruir Jerusalem y con ello se inició la célebre «*Diaspora*», o dispersión de los judíos por el mundo. Con el triunfo del Cristianismo, la situación de los súbditos que procedían de Palestina empeoró y surgieron los edictos restringiendo sus derechos y libertades. De la persecución por parte de los visigodos los libró la invasión árabe y curiosamente dio lugar a una brillante cultura en la que destacó el filósofo Maimónides.

Al comenzar las Cruzadas, la posición de los judíos se volvió crítica y fueron perseguidos en casi toda Europa donde se les veía como los culpables de la crucifixión de Cristo. En 1290 se les expulsó de Inglaterra y un contingente emigró masivamente hacia oriente.

Durante siglos se les prohibió poseer tierras, obtener ciudadanía y hasta ejercer determinados oficios. Sin embargo, la sagacidad de los judíos hizo que se consagraran al comercio y obtuvieran el dominio de la banca. Esto mismo desarrolló la envidia económica que se agregó a que ellos no se mezclaran con los gentiles en el aspecto sexual. El prejuicio tomaba una forma de crueldad cuando surgía alguna tragedia como peste, inflación o guerra; con lo cual se desencadenaba una nueva persecución.

Al reconquistarse España por los cristianos, los judíos fueron obligados a bautizarse y convertirse al catolicismo. Aquellos que no lo hicieron resultaron expulsados del país, obligándoles a refugiarse en Africa del Norte.

Aparentemente el siglo XVIII pareció serles favorables a raíz de que en 1776, Estados Unidos hizo la declaración de Virginia dando igualdad de derechos a los judíos americanos. Posteriormente la Asamblea Nacional derivada de la Revolución Francesa en 1790 les concedió todo tipo de derechos. Napoleón Bonaparte los usó para financiar sus campañas militares y a las naciones anteriores siguieron: Holanda, Inglaterra, España e incluso Alemania.

Desafortunadamente a fines del siglo XIX se renovó la persecución bajo la forma del antisemitismo, basado en una teoría racista que proclamaban las fuerzas reaccionarias. Esto resultaba paradójico dado que la mayoría de los judíos estaban asimilados al centro de Europa donde hacían grandes aportaciones culturales. Karl Marx explicaba los orígenes del capitalismo; Sigmund Freud desarrollaba una nueva ciencia de la mente, en tanto que Albert Einstein y Max Plank elaboraban las teorías fundamentales en la Física.

A partir de 1933, los alemanes destruyeron sus derechos y ocasionaron una emigración masiva hacia Estados Unidos. Con el inicio de la guerra mundial comenzó el exterminio y seis millones fueron vilmente asesinados.

Afortunadamente la victoria de los aliados dio lugar a que el 14 de mayo de 1948 se creara en la antigua Palestina el Estado de Israel. Desde esa fecha en adelante los judíos han tenido guerras repetidas con sus vecinos los árabes. Por la «*ley de retorno*» todo hebreo que viva en el mundo tiene el derecho a emigrar a su país original, lo cual ha dado lugar a un incremento de la población en un espacio de apenas 7220 millas cuadradas.

En el Estado de Israel existe una Constitución y un gobierno democráticamente elegido con una sola Cámara de Representantes en la cual debaten 120 miembros. A pesar de su enorme desarrollo industrial y agrícola, la nación tiene que importar alimentos, petróleo, acero y sobre todo armamento.

El carácter judío

Debe decirse que los habitantes de Palestina que se dispersaron por el mundo pueden dividirse en tres grandes grupos. Los sefardíes que descienden de aquellos que residieron a lo largo de una época en la Península Ibérica, posteriormente al ser expulsados se refugiaron en el norte de Africa, Persia, Turquía y Grecia. Muchos de ellos conservan todavía una especie de castellano del siglo XV que se mezcla con voces orientales.

Los ashkenazis habitaron aquellos países del centro de Europa donde sucedió el «*holocausto*». Los que pudieron salvarse en su mayoría emigraron a Estados Unidos o a Iberoamérica. Hablan el «*yidish*» que constituye el judío alemán. A este conjunto pertenece una buena parte de los británicos.

Por último, existen los polaks, los cuales son los judíos de la Europa oriental. Fundamentalmente moraban en Polonia, Galitzia y sobre todo en Rusia. Extrañamente ellos que tanto contribuyeron por el socialismo soviético han sufrido una persecución reciente.

La idea de que haya una complejión física racial en los hebreos ha dado lugar a controversia, puesto que como señalan los antropólogos Ripley y Boas, ellos adquieren las características de los pueblos con los que conviven. La anécdota más simpática al respecto nos es contada por Jean Paul Sartre en su libro «*Reflexions sur la question juive*», en el que nos relata que cuando en 1934 estuvo en Berlin tenía dos amigos, uno que era judío y rubio y otro gentil que procedía de Córcega con cabello completamente negro. Los dos poseían una prominente nariz aguileña y sin embargo el hebreo podía fácilmente mezclarse con las tropas SS; en tanto que el corso resultaba siempre insultado y sufría todo tipo de improperios porque los alemanes lo injuriaban denominándole «*jude*».

El filósofo francés tiene cierta razón cuando dice: «*Un judío es aquel a quien los antisemitas consideran como judío*». Es decir, que sufre un prejuicio del que lo califica. En realidad resulta casi imposible encontrar un carácter definido en un ser que ha vivido emigrado por el mundo por cerca de un milenio. Sin embargo, como nos señala Sartre he preguntado a muchas personas sobre sus razones para sentir el antisemitismo y todas responden lo mismo; «*los detesto porque son egoístas, intrigantes, persistentes en sus ideas y faltos de tacto*». Un pintor le contestó: «*Les soy hostil porque tienen el hábito de criticar y provocan la insubordinación en los pueblos*». Un buen número de personas que conozco les atribuyen el ser avaros. La realidad es que la codicia se da tanto en los judíos como en los cristianos o los árabes, porque ella se deriva de una actitud de los padres que se inicia durante el entrenamiento de esfínteres, el cual se verifica en forma coercitiva. Después, cuando los progenitores prohíben el goce transmiten la capacidad para atesorar. Es posible que este rasgo de carácter se dé con gran frecuencia en los hebreos en los cuales además la acumulación del dinero les servía como defensa contra el acoso de quienes les rodeaban, pero no podemos descartar aquí que esta manera de actuar es universal.

A lo largo de la historia el judío ha sido más perseguido que otros seres y parte importante del prejuicio se ha derivado de su falta de asimilación sexual con los habitantes de los países en los cuales vive. No hay más que leer «*El Proceso*» de Franz Kafka para darnos cuenta del juicio que ha sufrido. Siempre ha sido acusado sin que conozca la causa, e ignora quiénes son sus fiscales o jueces porque solamente existe un cargo imaginario y por más que busque tiempo para mejorar su posición, nunca logra extirparse la culpabilidad.

El juicio se hace interminable porque se le acusa de la muerte del Jesucristo, pero piénsese que el hijo de Dios fue castigado con la crucifixión que utilizaban los romanos quienes no quisieron salvarlo.